

Bouquie

"Poder militar"

7 D/P

## Capítulo 6

### El golpe de estado programado y la implantación de la autocracia "transformadora"

#### Las elecciones generales de julio o las sorpresas de la democracia restringida

Las elecciones se llevaron a cabo finalmente en condiciones poco propicias para despertar el entusiasmo de la civilidad. Se temía que los electores desertaran masivamente, tanto a consecuencia de las consignas abstencionistas como en razón del fundado escepticismo de los ciudadanos respecto de procesos electorales constantemente replanteados; pero, a pesar de no existir la libertad de sufragio, sucedió lo contrario. La participación electoral fue muy elevada (85,5 %) y los sufragios en blanco (19,2 % de los votos) retrocedieron con relación a 1960 (25,1 % de los votos) o 1957 (24,3 %), a despecho de la orden de Perón repetida por Frondizi, Lima y varios grupos nacionalistas y social-cristianos.

Esta segunda derrota de Perón fue producto de lo que la consulta ponía en juego. La presencia entre los candidatos del antiguo presidente de la Revolución Libertadora pesó en las motivaciones de numerosos electores. Se votó por o contra el general Aramburu y lo que él representaba. Los medios populares peronistas o independientes, que recordaban los malos días del régimen militar, eligieron a los dos candidatos radicales o a los partidos minoritarios, buscando dar un destino útil a sus votos. La dispersión del sufragio fue mucho más marcada que de costumbre.

La UCRP encabezó el escrutinio presidencial con el 25,8 % de los votos, es decir que obtuvo un resultado a medio camino entre el de 1957 (24,2 %) y el de las elecciones presidenciales de 1958 (27,9 %). La estabilidad del electorado radical y el juego de la proporcionalidad no permitieron que los vencedores obtuvieran la mayoría en el colegio electoral. El candidato de los radicales populares, Arturo Illia, no consiguió más que 168 electores contra los 110 de Alende (UCRI), que había recibido el 16,8 % de los votos emitidos, y 72, con sólo el 7,7 % de los sufragios del *outsider* y favorito Aramburu. El antiguo gobernador electo de la provincia de Córdoba accedió finalmente a la presidencia con la ayuda de los conservadores, del Partido Socialista Democrático y de los pequeños partidos neoperonistas del interior. El nuevo presidente no podía haber sido peor elegido.

Es verdad que la elección de Arturo Illia para defender las banderas de la UCRP no había tenido más que un valor testimonial. En el momento de su designación parecía que el Frente Nacional y Popular iba a imponerse en

forma aplastante, por lo que los jefes históricos de la UCRP (Balbín, Zavalá Ortiz) se cuidaron de no "quemarse" prematuramente. Illia era, como Vicente Solano Lima, su cuasi adversario del frente nonato, el más pequeño denominador común de su propio partido. Figura respetada de una tendencia progresista algo marginal, el sabatinismo,<sup>1</sup> el modesto médico provinciano de Cruz del Eje tenía pocos enemigos. Illia era el único miembro de un partido que no estaba en el poder desde hacía treinta años —si es verdad que la UCRP es la heredera de la tradición radical más auténtica— que fuera elegido para un puesto ejecutivo desde 1955. Su elección como presidente fue pues una sorpresa que afligió casi tanto a sus amigos como a sus adversarios.

Los radicales del pueblo contaban con 13 gobernaciones sobre 22, por cierto, pero en el Congreso no disponían más que de 72 bancas sobre 189. Mayor gravedad revestía sin embargo la situación que se planteaba a nivel del sistema político formal. Hemos visto que la UCRP era el aliado civil de los colorados y que el ejército, a pesar de ciertas concesiones hechas a los "vencidos", estaba en manos de los azules. En el marco de los desencuentros políticos entre civiles y militares que caracterizan los sobresaltos de la evolución institucional argentina desde 1955, la situación era inversa a la que se había planteado en 1958 cuando Frondizi, vencedor de los radicales del pueblo, estaba prisionero de los gorilas, los futuros colorados de 1962. ¿Preparaba la "derrota electoral de los azules", según la fórmula de un publicista ultraliberal,<sup>2</sup> una revancha paralela a la que puso término al gobierno desarrollista? Tal era la pregunta que se planteaban todos los medios políticos a principios de agosto de 1963.

A pesar de las ideas revanchistas que abrigaban tanto los vencidos civiles y militares como los vencedores de julio, el país parecía haber encontrado el presidente que le convenía. Después de tantos episodios dramáticos, del estrépito de las batallas y de las proclamas grandilocuentes, se instaló en el poder un gobierno que abrió una pausa, adaptándose bien a un país siempre convaleciente. El presidente Illia era un moderado de centro izquierda que creía en la democracia, pero también en las virtudes curativas del tiempo. Hombre de sentido común, gradualista, respetuoso del estado de derecho, se cuidó de tomar trágicamente la situación. Pretendía ser más tranquilizador que dinámico. Honesto, desinteresado y más hábil de lo que se ha creído, su partido, que no carece de personas competentes, lo perjudicó.

En efecto, las múltiples tendencias del radicalismo del pueblo reclamaban su parte del poder. Desde hacía tiempo en el llano, los radicales pretendían gobernar en forma exclusiva, como si Illia no hubiera sido elegido presidente con el apoyo de otras agrupaciones y la UCRP tuviera la mayoría en el Congreso. Hacía mucho tiempo, por cierto, que esperaban alcanzar la victoria que Frondizi les había escamoteado en 1958. Se imponía,

<sup>1</sup> Del nombre del líder "intransigente" de Córdoba, Amadeo Sabattini. Ver el capítulo 6 de la primera parte de esta obra.

<sup>2</sup> "Revolución en las urnas", *El Principio*, junio-julio de 1963, pág. 119.

no obstante, un gobierno de coalición. Los radicales del pueblo contaban con un amplio apoyo que iba desde los conservadores hasta los comunistas pasando por los neoperonistas.<sup>3</sup> Al querer gobernar solos, se aislaban debilitándose. Ya tenían mucho que hacer, sin duda, armonizando en el seno de su propio partido los puntos de vista divergentes de tendencias antagónicas y de jefes históricos de distinta sensibilidad. Sólo dos temas lograban la unanimidad: la defensa de las instituciones y la necesidad de romper con las prácticas y el programa del gobierno de Frondizi (lo que por otra parte permitiría al presidente Illia hacer aceptar medidas avanzadas a la derecha de su partido). Una tercera causa unificadora era la rehabilitación de los oficiales colorados, defendida más o menos discretamente según las corrientes. Este asunto, sobre el que volveremos, sería motivo de fricción con los azules.

Una sensibilidad y una historia comunes reunían en un mismo aparato de clientelas a los radicales "unionistas" e "intransigentes", pero de todos modos sus divergencias eran notorias. La participación de cada corriente en la composición del gobierno acusaba las contradicciones de la nueva administración. Los defensores del programa socializante de Avellaneda se codeaban con antiguos ministros de Educación y de Justicia. La presencia de Miguel Ángel Zavala Ortiz en Relaciones Exteriores no prefiguraba una diplomacia progresista. Con todo, la campaña electoral del Dr. Illia se había hecho bajo el signo del nacionalismo antiimperialista: sus grandes temas de propaganda fueron el rechazo de las imposiciones del FMI y la denuncia de los contratos petroleros firmados por la administración de Frondizi. Si bien se trataba de un "gobierno de centro izquierda" favorable al progreso económico y social, como lo caracteriza el Partido Comunista Argentino,<sup>4</sup> a menudo se harían sentir vacilaciones provocadas por los desacuerdos internos, particularmente en materia de relaciones internacionales.

La intención manifiesta de reducir la dependencia externa del país no quedó sin embargo en el terreno de los argumentos electorales. El 15 de noviembre fueron rescindidos por vicio de forma todos los contratos de explotación y explotación suscriptos por Frondizi con empresas petroleras extranjeras, norteamericanas en su mayoría.<sup>5</sup> El Ministerio de Economía,

<sup>3</sup> El Comité Central del partido comunista, después de subrayar "el giro a la izquierda de las masas", declaró, el 17 de noviembre de 1963, que las elecciones de julio y el primer mes de gobierno de Illia habían abierto una "brecha democrática" que convenía profundizar. Ver "Forjemos la unidad para ensanchar la brecha democrática y ganar completamente la batalla del petróleo" en *Nueva Era*, diciembre de 1963.

<sup>4</sup> La izquierda argentina era particularmente sensible al nacionalismo económico del gobierno. La caracterización del gobierno citada fue extraída del informe presentado por Victorio Codovilla al Comité Central del PCA, los 27 y 28 de marzo de 1965: Codovilla (V.), *Lo nuevo en la situación nacional después de las elecciones*, Buenos Aires, Anteo, 1965.

<sup>5</sup> Por no haber sido sometidos a consideración del Congreso ni negociados por licitación. Se trataba de los contratos firmados con el Banco Loeb y las compañías

que siete años antes aplicaba una política de ortodoxia financiera inspirada por el FMI, trataba de reactivar la economía mediante el aumento del consumo interno y se distanciaba de los organismos financieros internacionales. Ya no se alentó a las inversiones extranjeras que dejaron de venir a la Argentina a partir de 1962. Pero, al lado de esta política coherente, las vacilaciones y las contradicciones de la diplomacia argentina respecto de la crisis cubana, la guerra de Vietnam o la crisis dominicana de abril de 1965 revelan tensiones partidarias insuperables.

Es verdad que para este partido de chacareros y profesionales, de ferroviarios y comerciantes profundamente enraizados en el terruño argentino, cuya presencia sindical no es nada despreciable, eso no era lo esencial; lo importante era el restablecimiento del estado de derecho y del libre juego de los poderes constitucionales: el retorno a la normalidad sin tutela federal en las provincias, ni estado de sitio. Entre los objetivos que se fijaban esos políticos realistas y modestos figuraban la recuperación de la economía nacional y una redistribución menos injusta del ingreso nacional. Ninguno de ellos quería exaltar a militares mesiánicos.

## Militares azules y gobierno colorado

Las relaciones del nuevo gobierno con los altos mandos de las tres armas constituyeron una cuestión política particularmente delicada. Las nuevas autoridades se encontraban en un dilema. Los radicales del pueblo se habrían sentido sin duda más cómodos si la conducción de las Fuerzas Armadas hubiera estado en manos de los militares colorados: pero éstos habían sido destituidos en gran número y fueron los comandantes en jefe azules quienes permitieron, por su legalismo —y su abstención—, la elección del Dr. Illia. La legitimidad del nuevo gobierno procedía tanto de la vigilancia “democrática” del general Onganía y de sus pares como del sufragio universal. Sin embargo, los militares azules frentistas estaban vinculados a sus adversarios frondizistas, social-cristianos y nacionalistas anti-parlamentarios. El ejército azul experimentó la victoria de la UCRP como una derrota y, aunque hicieran una aparente ostentación de su legalismo, sus jefes no estaban dispuestos a obsequiar nada al nuevo gobierno. El Dr. Illia y sus colaboradores estaban, pues, muy tentados de deshacerse de sus tutores para nombrar en su lugar a hombres que contaran con su confianza, rompiendo así la hegemonía azul. Debían contar, para ello, con los me-

Astra, Cadipsa, Continental Oil, Esso, Ohio, Pan American Shell, Tennessee y Union Oil entre otras. Illia tuvo alguna dificultad para explicar a Averell Harriman, enviado especial del presidente Kennedy, que ello no afectaría en nada las relaciones con Washington, porque no se trataba más que de un problema de política interna. La comisión de investigaciones parlamentarias, que examinó la cuestión y entregó sus conclusiones en 1964, confirmó fácilmente la idea de que se trataba en gran medida de un arreglo de cuentas con los frondizistas.

dios políticos precisos para imponer su voluntad en ese terreno crítico.

Se barajaron nombres de oficiales superiores favorables a la reincorporación de los colorados destituidos para las secretarías de las tres armas. El “gabinete militar” estaría formado, se aseguraba, por el general Rauch, pasado del bando azul, el comodoro Medardo Gallardo Valdez y el contralmirante Raúl Lynch, dispuestos a una generosa amnistía para los vencidos de abril. El nuevo ministro de Defensa, Leopoldo Suárez, la personalidad más fuerte del gabinete sin duda, y que no tenía la intención de contentarse con el papel desdibujado y meramente diplomático que caracterizaba hasta entonces a esa función, influyó decididamente sobre el presidente para que abandonara ese arriesgado proyecto. El 15 de octubre, el ministro de Defensa anunció la designación, como secretarios militares, del general Ignacio Avalos, azul convencido, el brigadier Martín R. Cairó y el vicealmirante Manuel A. Pita, personalidades aceptables en sus respectivas armas; también anunció que el contralmirante Eladio Vázquez, el brigadier Armanini y el general Onganía quedaban confirmados en sus cargos de comandantes en jefe. Esas decisiones no significaban que los radicales se resignaran a aceptar el *statu quo*. Para cambiar la orientación y la composición ideológica del cuerpo de oficiales, habría que eliminar la traba que representaban los comandantes en jefe, lo cual no era una tarea fácil.

En la marina, el almirante Pita relevó al contralmirante Vázquez del Comando de Operaciones Navales pocos días después de haber sido confirmado en el puesto; pero tuvo que nombrar como reemplazante al almirante Benigno Varela, opuesto a la reincorporación de los colorados. En la fuerza aérea, el comodoro Cairó se enfrentó con tan poca habilidad al comandante en jefe y a los altos mandos de su arma respecto del problema de los ascensos, que el ministro de Defensa lo destituyó para evitar un conflicto más grave; de todos modos, la situación se mantuvo inestable en extremo. El presidente, según algunos observadores, pareció romper con los colorados a partir de ese incidente. En realidad, los puestos de confianza del aparato estatal les estaban reservados: se designó secretario de Informaciones del Estado al comodoro Medardo Gallardo Valdez.

La crisis de la aeronáutica trajo aparejados el fortalecimiento de la autoridad del ministro de Defensa, que constituía un nuevo elemento en el tablero político argentino, y la transferencia al terreno legislativo de los intentos de reincorporación de los colorados. Los diputados de la UCRP presentaron al Parlamento, sin mucha fortuna, varios proyectos de ley en ese sentido.<sup>6</sup> El gobierno, demasiado débil y sin mayoría parlamentaria, no podía imponer el reintegro masivo de sus garantes militares sin dar por concluido el “matrimonio de conveniencia” que lo unía a los azules, provocando así una crisis que cuestionaría su propia legitimidad. Insistir en rehabilitar a los gorilas partidarios de la “dictadura democrática” podría parecer, además, contradictorio con las intenciones del nuevo presidente

<sup>6</sup> Particularmente una proposición de ley presentada por Juan A. Fiol, diputado por Córdoba. Cf. “El bloque de diputados de la UCRP trata la reincorporación de oficiales militares”, *La Razón*, 9 de octubre de 1964, y “Otro retorno en danza: el de los colorados”, *Primera Plana*, 13 de octubre de 1964.

que había prometido "legalidad para todos" sin proscripciones. No obstante, el gobierno o el partido en el poder habrían visto con buenos ojos la eliminación de ciertos jefes azules. La vigilancia discreta pero atenta del comandante en jefe del ejército resultaba opresiva para las nuevas autoridades.

Los enfrentamientos y manejos que culminaron en un nuevo "caso Rauch" en diciembre de 1964 deben ubicarse en ese contexto, teniendo en cuenta que el objetivo era la comandancia en jefe del ejército. El antiguo ministro del Interior y ex azul publicó unas tras otras tres cartas en las que criticaba los ascensos y la reestructuración del ejército, cuestionaba los vínculos existentes entre el alto mando y los medios frigeristas y por último pedía al presidente la renuncia del general Onganía. El comandante en jefe, especialista de la estrategia indirecta, utilizó esa torpe ofensiva para desembarazarse del general Carlos J. Rosas, comandante del 2º Cuerpo de Ejército en Rosario y peligroso rival que por su antigüedad y su foja de servicios debía reemplazarlo normalmente, a más tardar en 1966. Este oficial de ingenieros, discípulo y protegido del legendario general "industrialista" Savio, era por cierto un azul. Pero no se llevaba bien con Onganía. Hacía gala de convicciones políticas y filosóficas claramente opuestas a las de la mayoría de los oficiales superiores pertenecientes al mismo bando. Partidario de la enseñanza laica en un medio católico, cuando no integrista,<sup>7</sup> se pretende que durante su estadía en la Escuela Superior de Guerra de París adquirió ideas de independencia nacional gaullistas que fueron mal recibidas. Por todas estas razones, era bien visto por la izquierda del partido radical, que trató en vano de defenderlo de la venganza de Onganía. El pretexto para su destitución fue la entrevista que mantuvo en Rosario con el general faccioso Rauch. La maniobra que debía debilitar a Onganía terminó fortaleciéndolo.

Los militares azules no encontraban nada que pudiera apasionarlos en el gobierno radical. El modesto y cortés presidente Illia sólo les proponía el retorno "a la paz y la tranquilidad" públicas. El anticuado encanto de los notables de comité que habían invadido la intimidad del poder no les resultaba nada atractivo: Las divisiones de la UCRP, el aspecto improvisado y poco burocrático de su gestión gubernamental, su práctica política hecha de sutiles dosificaciones y laboriosos compromisos irritaban a los profesionales de un arte simple y preponderantemente ejecutivo que estaban impacientes por aplicar a la política la eficiencia mecanizada de un verticalismo tranquilizador. Cuando los radicales extremaban su aptitud para el diálogo, su respeto por las formas democráticas y su prudencia política, los azules creían encontrarse ante un vacío de autoridad, ante el inmovilismo y la indecisión.

La situación era propicia para la oposición frentista que estaba dispuesta a no dejar pasar nada por alto al gobierno. Los frondizistas en particular, que no olvidaban la actitud de la UCRP entre 1958 y 1962, estaban de-

cididos a pagar con la misma moneda a los correligionarios de Zavala Ortiz. Una vez más, la revancha estaba a la orden del día. Para llevarla a cabo, los medios frentistas iban a aprovechar las excelentes relaciones que habían trabado con los militares azules desde septiembre de 1962. Ese grupo de intereses y de presión contaba con medios de influencia sin medida común con los de la UCRP bajo Frondizi. La patronal modernista de las grandes empresas industriales argentinas y extranjeras que apoyaban a los desarrollistas les procuraban, especialmente a sus publicaciones, importantes recursos. La prensa, la radio y la televisión "frentistas", constituían un factor político de primer orden para moldear la opinión, la militar en particular. La acción psicológica se iba a convertir en el principal elemento civil en la preparación de un golpe de estado técnicamente perfecto.

Desde septiembre de 1962, los azules se asociaron con sociólogos expertos en comunicación social que esbozaron una nueva imagen del ejército. La tarea proseguía y se concentraba en torno del comandante en jefe del ejército. Los planteos que debilitaban la disciplina eran cosa del pasado: el ejército legalista obedecía al poder civil y no deliberaba. Onganía castigaba con ostentación la menor falta a esa regla. La prensa frentista exaltaba tan "admirable" rigor.

Se trataba, en realidad, de un profesionalismo muy atemperado, de un legalismo puramente condicional. El "comandante en jefe" (no era necesario especificar de quién se hablaba, todo el mundo en Argentina lo sabía) precisó su pensamiento en un señalado discurso pronunciado en West Point en ocasión de realizarse la 5ª Conferencia de los Ejércitos Americanos. Lo que a partir de entonces se llamó la "doctrina Onganía" no podía reducirse al simple respeto de la obediencia constitucional. Desde luego, las Fuerzas Armadas son, al decir del general, "apolíticas, obedientes, no deliberantes, y subordinadas a la autoridad legítima". "Brazo armado de la constitución", no podrían substituirse a la voluntad popular. Pero, al incluir entre sus objetivos, en el marco de la división interamericana del trabajo militar y de su proyección ideológica, "preservar los valores morales y espirituales de la civilización occidental y cristiana", el comandante en jefe argentino amplía considerablemente su función constitucional. El apolitismo de las Fuerzas Armadas implica, por consiguiente, que no podrían apoyar un gobierno cuya política contradijera sus misiones fundamentales, así definidas. El discurso de West Point precisa que la obediencia debida cesa absolutamente "Si se produce al amparo de ideologías exóticas un desborde de autoridad que signifique la conculcación de los principios básicos del sistema republicano de gobierno o un violento trastocamiento del equilibrio e independencia de los poderes". "La ciega sumisión al poder establecido" ya no es admisible en tal caso. Además, las Fuerzas Armadas deben estar asociadas al desarrollo del país y no mantenidas al margen de los grandes desafíos que éste plantea.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> "Palabras pronunciadas por el comandante en jefe del ejército el día 6 de agosto en West Point (EE.UU.) en oportunidad de realizarse la Vª Conferencia de los Ejércitos Americanos", *Boletín Público de la Secretaría de Guerra*, 10 de septiembre de 1964.

<sup>7</sup> Estaba próximo a los medios llamados "reformistas", actualmente vinculados con la izquierda y surgidos de la "reforma universitaria" de 1918.

La elección de la academia militar norteamericana para pronunciar un discurso sobre "el gobierno, las Fuerzas Armadas y la comunidad nacional argentina" no es casual. El general Onganía fortalecía la integración del ejército argentino dentro del dispositivo interamericano bajo la égida del Pentágono.<sup>9</sup>

Los Estados Unidos acentuaban las presiones militares para convertir a los ejércitos del continente en aliados en la lucha contra el enemigo interno y la subversión comunista. La hegemonía de los azules ante un gobierno con veleidades antiimperialistas coincidía con los tiempos difíciles de la guerra fría en el hemisferio americano: la "revolución brasileña" de abril de 1964, la crisis dominicana de abril-mayo de 1965.

Esa era la razón por la cual el Estado Mayor se oponía, en noviembre de 1963, a la anulación de los contratos petroleros, entendiendo que esa medida podía ocasionar represalias en el terreno de la entrega de equipos militares. En mayo de 1964, presionado por el ejército, el gobierno firmó con los Estados Unidos un tratado de asistencia militar que permitió que la Argentina recibiera materiales por valor de 18 millones de dólares entre 1964 y 1965.<sup>10</sup> El general Onganía multiplicó las declaraciones favorables a la conversión estratégica inspirada por el Pentágono. En noviembre de 1964 condenó la defensa de las fronteras y declaró que el principal objetivo era la prevención de la subversión comunista; el 1º de abril de 1965 reincidió al desear que los países de América constituyeran un bastión en la lucha anticomunista.

Es comprensible que, en tales condiciones, la actitud ambigua adoptada por el gobierno argentino ante el desembarco de *marines* en Santo Domingo haya provocado descontento en la cúpula militar. El gobierno se encontró atrapado entre las exigencias de las Fuerzas Armadas y la presión de la opinión pública; no aceptó las sugerencias militares de enviar tropas argentinas a Santo Domingo pero, mientras reafirmaba el principio de no intervención, aprobó la organización de una fuerza interamericana. A partir del momento en que se desoyeron sus consejos, el ejército, puesto al "servicio de Occidente", comenzó a alimentar un rencor duradero. Uno de los principales reproches de los altos mandos al médico de Cruz del Eje y sus amigos fue, a partir de entonces, la subestimación de la amenaza castrocomunista a escala continental.

Es por eso que las intempestivas declaraciones sobre defensa de las "fronteras ideológicas" realizadas por el comandante en jefe en Río en agosto de 1965, al volver de un viaje a la España franquista, estaban dirigidas tanto al frente interno como a su interlocutor brasileño, el general Costa e Silva, ministro de Guerra del presidente Castelo Branco. El 19 de agosto en Río de Janeiro, en efecto, el general Onganía se pronunció a favor de

<sup>9</sup> La izquierda y la extrema izquierda lo calificaban habitualmente de "hombre del Pentágono". Ver: "Chile repudió a Onganía. Hostilidad y vacío han rodeado al hombre del Pentágono", *Nuestra Palabra*, 22 de septiembre de 1965.

<sup>10</sup> Ver el comunicado de la Secretaría de Guerra en oportunidad de producirse la visita del general O'Meara, jefe del Southern Command, en el marco del plan de ayuda militar. (*El Mundo*, 22 de enero de 1965).

una alianza de los ejércitos argentino y brasileño con vistas a constituir, por encima de las fronteras territoriales, el núcleo de una fuerza interamericana que se emplearía para luchar contra la subversión.

El ejército de guerra fría en que se había convertido la institución militar argentina presentaba sin embargo una orientación ideológica muy distinta a la de los gorilas colorados cuya hipótesis de guerra dominante compartía. La mentalidad azul estaba imbuida de un mesianismo tecnocrático. La nueva ideología militar era tributaria fundamentalmente de la influencia convergente de los pensadores corporativistas antiliberales y de la preponderancia de la caballería. El tropismo de los fundamentos social y organizacional de la caballería hacia un tradicionalismo modernizador ya era común a toda la cúpula militar.

La hegemonía azul se confundía en efecto con la preponderancia de la caballería. Esa arma, que comprendía apenas más efectivos que el cuerpo de ingenieros (16 % contra 12 %) y muchos menos que la infantería (28 %) o la artillería (22 %), se adjudicó casi la mitad de los puestos del alto mando, la dirección de las escuelas de cuadros y de los liceos militares e incluso una importante fracción de los comandos de unidad.<sup>11</sup> Esa orgullosa élite militar que creía, sobre todo después de septiembre de 1962, en su vocación dirigente, se atribuyó en 1964 el 50 % de los ascensos a los grados superiores. La reestructuración del ejército emprendida por el comandante en jefe en 1965, se efectuó bajo el signo de la caballería. Cada unidad de infantería se vio encuadrada por un escuadrón de caballería. Buenos Aires quedó rodeada por un cordón de unidades blindadas pertenecientes al arma líder, mientras que varias unidades de infantería fueron desplazadas.

La nueva élite militar era el terreno elegido por cierto extremismo de derecha, el "organicismo" social-cristiano, que lo disputaba al nacionalismo de entre las dos guerras mundiales. Los oficiales de caballería prestaban particular atención a los pensadores integristas. Los cursillos de cristianidad, especie de movimiento de rearme moral católico proveniente de la España franquista, consiguieron numerosos adeptos en esa arma. Esa inclinación por las doctrinas autoritarias determinó, en consecuencia, la elección de los profesores de la Escuela Superior de Guerra. Las enseñanzas del curso para coroneles de la ESG, donde rivalizaban los "sociólogos" del "comunitarismo" y de las "sociedades intermedias" que exaltaban como Juan Pichon Rivière o José Manuel Saravia (h), la organización de los intereses profesionales y el paternalismo del estanciero contra el individualismo subversivo de la sociedad liberal, tenían un fondo común de antiparlamentarismo rejuvenecido salpicado con algo de tecnocracia industrialista.<sup>12</sup> La vieja

<sup>11</sup> Ver "¿Qué pasa en el ejército?", *Extra*, noviembre de 1965, y *Primera Plana*, 5 de enero de 1965.

<sup>12</sup> El proyecto político "comunitario-corporativo" ha sido claramente expuesto por uno de esos pensadores, J. Pichon Rivière, en el artículo "L'avenir de l'Argentine", *Bulletin Sedeis*, 10 de abril de 1964 (Futuribles.) Este ejercicio de prospectiva es harto significativo del barniz modernista con que se cubre a las viejas ideologías autoritarias. El profesor Pichon Rivière dictaba conferencias de sociología política.

cantinelas murrasianas adoptaba un aire de modernidad, la doctrina mussoliniana se proponía como sustituto de una democracia formal "impotente y perimida". Todo ello halagaba evidentemente el misticismo redentor y la obsesión jerárquica de los oficiales de caballería. Los industrialistas del desarrollismo completaban el cuerpo de profesores de las escuelas militares. El coronel Guglielmelli, antiguo secretario general de la Presidencia de Frondizi, señalaba en efecto el destino de la Escuela Superior de Guerra. Como vemos, el fenómeno azul supera ampliamente la simple defensa de la legalidad y de la disciplina profesional.

La oposición homogénea del ejército en un sentido no sólo antigubernamental sino además contrario a las instituciones republicanas inquietaba legítimamente a los radicales del pueblo; pero más aún les turbaban e irritaban el ascendiente del comandante en jefe, su independencia y su arrogancia proconsular. El mito Onganía fomentado por la prensa frentista hacía que el personaje adquiriera una dimensión desmesurada.<sup>13</sup> El comandante en jefe llegó a tomar iniciativas diplomáticas que comprometían al país sin consultar al gobierno: en Río de Janeiro contrajo una virtual alianza contra el comunismo con el Brasil que provocó un serio incidente entre la Argentina y el Uruguay, ya que los uruguayos no veían con buenos ojos el papel de policía antisubversiva continental que se atribuían los ejércitos de sus dos enormes vecinos por considerar que esas intenciones intervencionistas podían perjudicar a su país. La conferencia de prensa cuasi presidencial que dio Onganía a su retorno de Europa, el 31 de agosto de 1965, sobre la lucha anticomunista fue la gota de agua que hizo desbordar el vaso, sobre todo porque el gobierno sabía a través de los servicios de informaciones que el general complotaba en pro de una "gran revolución", de un "aggiornamento nacional".<sup>14</sup>

A principios de octubre, el general Onganía cometió el error de relevar por un motivo fútil a un teniente coronel jefe del 3º Regimiento de Infantería sin consultar al general Ignacio Avalos, secretario de Guerra. Éste, según dijo, se enteró por la prensa del nombramiento del nuevo jefe de la unidad. Exigió en vano que el comandante en jefe fuera relevado de sus funciones, hasta que el 12 de octubre presentó su renuncia. El presidente, contrariando la opinión de Onganía, eligió para sucederle a un general en servicio activo, subsecretario del propio Avalos, el general Castro Sánchez. El Dr. Illia no sólo había rechazado al candidato del comandante en jefe, sino que colocó a éste, inflexiblemente apegado a la etiqueta militar, en una incómoda posición reglamentaria. El nuevo secretario de estado, general

en la Escuela Superior de Guerra, donde también enseñaba sociología José Manuel Saravia.

<sup>13</sup> Así, *Confirmado* consideraba que la conferencia de prensa del comandante en jefe era "el acontecimiento más importante del año" (9 de septiembre de 1965). Mariano Grondona escribía: "El país espera un Moisés porque vislumbró la tierra prometida", *Primera Plana*, 31 de mayo de 1966.

<sup>14</sup> Intención que habría manifestado en julio de 1965, según el relato de la conspiración publicado por una revista golpista, "Historia secreta de la revolución". *Atlántida*, agosto de 1966.

con menos antigüedad, que había sido hasta entonces subordinado de Onganía, se convirtió en su superior, lo que era inadmisibles para Onganía, que dimitió a su cargo.

La renuncia del comandante en jefe, el 23 de noviembre de 1965, se presentaba como una victoria del gobierno y causó el efecto de una bomba, cuando en realidad inició la cuenta regresiva de un golpe de estado. Frigerio elogió al ex comandante en jefe presentando su retiro forzoso como una "maniobra antinacional". El general Rauch escribió en una nueva carta abierta a Onganía: "Estamos en presencia de un nuevo Perón; este gobierno que mata a la madre que lo engendró".<sup>15</sup> Es lo que pensaban numerosos observadores aunque no lo expresaran en esos términos. Con el alejamiento del hombre fuerte del ejército, el gobierno dio a los golpistas una bandera, una causa y un candidato presidencial. En adelante, como escribió el antiguo subsecretario del Interior, Mariano Grondona, editorialista de la revista "frentista" *Primera Plana*, y vocero habitual del ejército azul: "[Hay que] pensar en Onganía como en un hombre de reserva institucional, como en una última alternativa de orden y autoridad."<sup>16</sup>

Al general Onganía sucedió el general Pistarini, oficial de caballería azul que compartía los puntos de vista del renunciante sobre la eficacia técnica como fuente de legitimidad gubernamental y la necesidad de que los militares participaran en el desarrollo económico y social. Como muchos azules, decepcionados por una democracia parlamentaria poco exaltante a su entender, influidos por la propaganda golpista, se contaba entre quienes se proponían suprimir la política por decreto.

## Los peronistas juegan al golpe de estado

La cuestión peronista seguía siendo el problema político central del gobierno radical. El Dr. Illia tenía sus ideas al respecto. Hostil a las proscripciones, a los vetos y a cualquier tipo de ostracismo, su objetivo consistía en derrotar lealmente a los peronistas en una competencia electoral abierta. Era una visión idealista que, sin embargo, se adaptaba a la realidad. Sin caer en el angelismo, los radicales del pueblo, que sabían cuál era el límite de sus fuerzas, pensaban aprovechar las contradicciones de la nebulosa peronista: formar algunas alianzas con agrupaciones neoperonistas, desplazar votos de electores populares "concientes" gracias a una legislación social avanzada y democratizar los sindicatos debilitando el poder de las federaciones o confederaciones que los peronistas controlaban con mayor facilidad.

El gobierno no ignoraba las dificultades que encontraba Perón, no sólo para preservar la unidad del movimiento justicialista, sino para hacer re-

<sup>15</sup> *La Nación*, 1º de diciembre de 1965.

<sup>16</sup> "Después de Onganía", *Primera Plana*, 30 de noviembre de 1965.

conocer su autoridad desde Madrid. Las consignas del líder eran "acatadas pero no cumplidas", como hacían los virreyes con las reales órdenes en la época colonial; a ello se debía, por lo demás, su multiplicidad contradictoria. La lealtad de las masas al líder exiliado aguzaba apetitos y ambiciones. Los dirigentes peronistas locales aspiraban a emanciparse del caudillo que envejecía. Unos utilizaban la "camiseta" peronista sólo para conseguir modestos feudos electorales y convertirse en notables locales. Otros apuntaban más alto y ambicionaban la propia sucesión de Perón, para lo cual no les bastaba con ser autónomos; querían construir a partir del peronismo un movimiento político del que su jefe no sería más que el prestigioso inspirador.

Entre estos últimos se encontraba un hombre misterioso, avaro de discursos y escritos, Augusto Timoteo Vandor, llamado El Lobo, "pope del nuevo sindicalismo" según una revista frentista. La organización que dirigía este antiguo suboficial de marina, la Unión Obrera Metalúrgica, se expandió paralelamente al crecimiento acelerado que tuvo la industria argentina desde Frondizi. La UOM posee un enorme patrimonio, una cantidad impresionante de bienes inmuebles:<sup>17</sup> su sector de responsabilidad comprende grandes empresas a menudo extranjeras cuyos trabajadores están relativamente bien pagados. La importancia de la UOM reflejaba el nuevo equilibrio sectorial de la economía nacional. Vandor representaba a un nuevo tipo de dirigente, encarnaba a una fuerte burocracia sindical más inclinada por la gestión que por las reivindicaciones, que mantenía excelentes relaciones con la patronal modernista. Se sabía que su concepción del sindicalismo privilegiaba la solidaridad entre las clases y la dimensión nacional.<sup>18</sup> Era, pues, el interlocutor preferido de los desarrollistas que no le escatimaban elogios<sup>19</sup> desde que se había acercado al frondizismo a principios de la década del sesenta. Muy cortejado por los medios frentistas durante las grandes maniobras preelectorales de 1963, Vandor se había encontrado repetidas veces con militares.

Gracias al peso de su gremio, este hombre de la burocracia sindical controlaba las 62 organizaciones peronistas y dominaba la CGT. Desconfiado, El Lobo rechazó siempre la secretaría general de la central obrera, prefiriendo mover los hilos desde un discreto segundo plano. Ubicó a sus hombres en la rama política del justicialismo, reorganizada en 1963. Así, designó a su lugarteniente, el metalúrgico Paulino Niembro, que en 1965 presidiría el bloque de diputados, al frente del partido en la Capital. Van-

<sup>17</sup> Segunda en importancia después de la que controla el Sindicato de Luz y Fuerza, incluye clínicas, asilos de ancianos, centros de vacaciones, hoteles y restaurantes, una considerable flota de automóviles, etc.

<sup>18</sup> La práctica confirmaba esas raras declaraciones. Cf. Walsh (Rodolfo), *¿Quién mató a Rosendo?*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1969, pág. 175.

<sup>19</sup> En 1964, durante una estadía en la Argentina que nos permitió encontrarnos con numerosos frondizistas, pudimos comprobar la admiración unánime que despertaba Vandor en ese sector de opinión. Varias personalidades desarrollistas nos propusieron espontáneamente entrevistarnos con el líder sindical; pero su buena voluntad de nada sirvió, Vandor siempre se negó a recibirnos.

dor era el hombre fuerte del peronismo sindical e influenciaba de manera decisiva la resurrección de la rama política del justicialismo que, en su forma "ortodoxa" y nacional, no era más que una proyección parlamentaria de las 62 organizaciones. Pero el virrey no reinaba, Vandor formaba parte del organismo llamado "comando táctico" en la terminología militar de Perón, es decir, de un consejo encargado de ejecutar las grandes decisiones *in situ*, a quien correspondía el "comando estratégico" o "comando superior".

Aprovechando el descontento popular creado por dos años de recesión para movilizar sus tropas en una operación de gran envergadura, los dirigentes peronistas lanzaron a fines de mayo de 1964 un vasto "plan de lucha" con ocupación de los lugares de trabajo. Los vandoristas retomaban así el control del conjunto de sindicatos peronistas, combativos u oportunistas, a base de reivindicaciones sociales avanzadas y el cuestionamiento del gobierno "gorila". En realidad, los dirigentes dejaron rápidamente de lado los objetivos sociales para ocuparse sólo de la ofensiva estrictamente política. Por más que el Congreso votó apresuradamente una ley creando el salario mínimo vital y móvil, muy resistida por la patronal, el plan de lucha siguió su curso. La CGT había declarado una guerra sin cuartel contra el gobierno, al que responsabilizaba por la inflación.

Mientras miles de obreros ocupaban sus empresas y secuestraban a sus patrones, el presidente de la Unión Industrial, Martín Oneto Gaona, declaraba: "Nuestras relaciones con nuestros trabajadores nunca fueron mejores que ahora".<sup>20</sup> José Alonso, secretario general de la CGT, reveló la dimensión golpista de esa semana de protesta activa en un violento discurso: "¿Qué custodian las Fuerzas Armadas en este momento? ¿El hambre, la miseria, la desocupación, el fraude, el privilegio? ¿Qué fronteras defienden, qué derechos, qué libertades? [...] Tenemos que romper las estructuras que nos asfixian y las trabas que nos impiden avanzar...". Connivencia patronal, llamado al ejército, la estrategia del peronismo sindical se iba precisando.

El plan de lucha, como escribió un importante dirigente sindical que estuvo cercano al secretario metalúrgico, "constituyó la cima del reinado de Augusto Vandor y el apoyo del vandorismo".<sup>21</sup> Fortalecido con ese éxito, el secretario general de la UOM se lanzó a una maniobra compleja y arriesgada cuya finalidad era arreglar el problema del poder en el seno del peronismo. El mito del retorno de Perón, cuidadosamente mantenido por el exiliado de Madrid, tornaba precaria y discutible la autoridad de los líderes locales. Para "institucionalizar el movimiento" al margen de Perón, y emanciparlo de su tutela, Vandor y sus amigos pretendían demostrar que el retorno no era posible. El ex presidente aceptó abandonar su confortable exilio para embarcarse en la aventura de la operación retorno: Perón iba a volver al país en diciembre de 1964. La CGT y las 62 organizaciones or-

<sup>20</sup> *Clarín*, 3 de junio de 1964.

<sup>21</sup> Gazzera (Miguel), *Peronismo, autocrítica y perspectiva*, Buenos Aires, Descartes, pág. 123.

questaron una vasta campaña por el "retorno triunfal del general Perón". El gobierno, al decir de la mayoría de los observadores, no creía en ello o prefería no creer: la llegada del exiliado en esas condiciones provocaría un desborde popular, un 17 de octubre nacional de imprevisibles consecuencias. Una de las posibles consecuencias de ese acontecimiento explosivo podría ser un golpe de estado militar y hasta una guerra civil.

La propaganda indiscreta que hacían los vandoristas sobre el viaje del ex presidente se asemejaba a una provocación. Si el gobierno no hacía nada, perdía la confianza de los antiperonistas; pero si tomaba alguna medida, traicionaba y contradecía sus intenciones legalistas. En realidad, se estaba apelando al ejército. En los medios militares azules, por lo demás, circulaba un memorándum fechado el 9 de noviembre de 1964 que planteaba la posibilidad de actuar contra el gobierno y la eventual toma del poder de producirse el viaje de Perón. Los principales objetivos de ese proyecto de golpe aún vago eran la suspensión de la Constitución, el reemplazo del Congreso por un Consejo Económico Social, organismo corporativista modernizado y el nombramiento de un primer ministro.<sup>22</sup>

Fue en ese clima tenso que el ex presidente abordó en el aeropuerto de Barajas el vuelo 901 de Iberia que salió de Madrid el 2 de diciembre. El avión hizo escala en Río de Janeiro, donde concluyó el periplo. El gobierno brasileño impidió la prosecución del vuelo y obligó a Perón a regresar a España, declarándolo persona no grata.

¿Significó el previsible fracaso del retorno una victoria para Vandor? ¿Perón se dejó manipular pura y simplemente? Parece que la operación no fue tan provechosa como habían pensado los candidatos a la sucesión. El pueblo decepcionado buscaba a quien culpar y endilgó la responsabilidad por el fracaso a los organizadores del viaje, a Vandor en particular. Los líderes locales no habían ganado nada. Perón había "demostrado su coraje"<sup>23</sup> y dejado mal parado al débil gobierno de Illia, puesto que lo había obligado a recurrir, contra el temido jefe de la oposición, a un gobierno extranjero. Y lo que es peor, el gobierno nacionalista y democrático de los radicales del pueblo apeló al régimen aliado de los mariscales brasileños, privilegiado del Pentágono, para impedir el retorno de un ciudadano argentino —el más importante de todos— a su propio país. No podría encontrarse mejor manera de hacer aparecer a Perón como un verdadero antiimperialista, otorgándole un aura revolucionaria.

Esa ambigua operación no arrojó los dividendos que los grupos aspirantes a la dirección del movimiento peronista daban por descontados. Perón no quedó de modo alguno descalificado como conductor supremo, por el contrario; y en materia electoral, sólo contaban sus órdenes, como pudo apreciarse en las elecciones legislativas parciales de marzo-abril de 1965. Vandor y los otros cuatro miembros del "comando" local habían concerta-

<sup>22</sup> *Ayuda Memoria*, 9 de noviembre de 1964, mimeo. (Archivo Güiraldes).

<sup>23</sup> Resultado positivo. Muchos peronistas inclusive tenían sus serias dudas de la "huida" de septiembre de 1955. La expresión es de Gazzera (Miguel), *op. cit.*, pág. 129.

do un acuerdo con el Movimiento de Integración y Desarrollo, nuevo nombre del partido frondizista, sin consultar a Perón. Éste amenazó con expulsarlos y les dio la orden, que tuvieron que acatar,<sup>24</sup> de hacer votar por la Unión Popular, autorizada por el estatuto electoral. La victoria electoral, que llevó a 52 los diputados justicialistas (contra 70 de la UCRP), se les escapó en parte de las manos, aun cuando pudieron influir sobre la designación de candidatos en sus feudos. El hecho de no cumplirse proscripción alguna favoreció a Perón que pudo acreditarse los 3.260.000 (36 %) votos conseguidos por la Unión Popular y algunas agrupaciones neoperonistas leales. Desde luego, todo triunfo electoral peronista llevaba en germen la supresión del proceso electoral mismo. Y la UCRP, con 2,6 millones de electores, no obtuvo más que el 29 % de los votos, a pesar de una relativa bipolarización.

Con todo, la partida se hizo más reñida en el seno del peronismo. El grupo vandorista, que invocaba al líder epónimo para cortar mejor el cordón umbilical, proseguía su trabajo de zapa. Es por eso que el general decidió enviar sobre el terreno a su más fiel compañero de lucha. Su tercera esposa, María Estela Martínez, "Isabelita", llegó a Buenos Aires el 12 de octubre. El gobierno dejó hacer. Sabían que la enviada del "primer trabajador" venía a tomar nuevamente las riendas del movimiento; no le disgustaba ver que se pusiera en vereda a los sindicatos golpistas, aliados de los frondizistas, aunque hubiera que pagar el precio de una muy improbable reunificación del peronismo en torno de su líder. En efecto, la relación de fuerzas era tal que se preveía más bien la división del peronismo.

"El delegado del comando superior" inició sus consultas con todos los miembros eminentes y responsables de la familia peronista, incluido Vandor. Pero nadie se llamaba a engaño. La gran prensa señalaba que Isabelita había venido a acabar con el líder sindical. La prensa frentista ponía por las nubes a Vandor y se dedicaba a desacreditar a los círculos madrileños allegados a Perón, a quien se presentaba como un anciano enfermo al que dominaban y mantenían secuestrado.<sup>25</sup> La intervención de Isabelita provocó un enfrentamiento en el seno de los 62 sindicatos peronistas. José Alonso, secretario general de la CGT y líder del sindicato del Vestido, tomó partido por Isabel Perón y pidió la expulsión de Vandor; pero El Lobo tenía bajo su dominio a las 62, siendo Alonso quien perdió en definitiva la conducción de la CGT el 16 de febrero de 1965. Los sindicatos leales emitieron un comunicado acusando a Vandor de oponerse a Perón y pretender ocupar su lugar al frente del Movimiento, al que éste respondió sin rodeos: "Es necesario estar contra Perón para defender a Perón y eliminar la escoria de nuestro movimiento".<sup>26</sup>

<sup>24</sup> El financista Jorge Antonio, vocero por ese entonces de Perón, cuenta el enfrentamiento en una entrevista concedida en 1971 a la revista *Primera Plana*, cuya propiedad acababa de asegurarse. "Jorge Antonio, Argentina desde allá", *Primera Plana*, 23 de octubre de 1971.

<sup>25</sup> Especialmente por Jorge Antonio e Isabelita. Cf. "El fin de Perón", *Confirmando*, 14 de octubre de 1965.

<sup>26</sup> *La Nación*, Semana Política, 9 de enero de 1966.



*El gobierno radical, con su sensibilidad socializante y su orientación nacionalista, a moderada, era poco apreciado en los medios económicos.*

Asimismo, el bloque parlamentario justicialista se escindió en dos fracciones casi iguales.

En el mes de abril, tuvieron lugar elecciones parciales en Mendoza, importante provincia vitivinícola del oeste. Perón decidió hacer una jugada maestra para detener el ascenso de su inquietante lugarteniente. Tres movimientos que invocaban al peronismo apoyaban al candidato que tenía la bendición de Vandor. Serú García, del Movimiento Popular Mendocino. Dos días antes del comicio, Perón dio la orden —previamente grabada y por ende irrefutable— de votar por un *outsider* peronista, Corvalán Nanclares, que Isabelita trataba de imponer. El resultado fue significativo: el candidato de Perón obtuvo 102.500 votos, ubicándose en segundo lugar detrás del candidato conservador, mientras que el de Vandor quedó cuarto con 62.000 votos, 30.000 menos que en la consulta del año anterior.

La elección de Mendoza tuvo el valor de un test. El carisma del líder había funcionado una vez más. Perón se había arriesgado a dividir su movimiento para dejar bien en claro que él era todavía el único jefe, el que seguían las masas a pesar de todo. La lección era evidente, Vandor y sus amigos la entendieron muy bien. Si Vandor prevalecía en los gremios, Perón se imponía en el partido, mientras hubiera elecciones y partidos. Desde luego, si las elecciones de gobernadores previstas para 1967 no se llevaban a cabo, entonces la influencia de Perón se esfumaría; la de los dirigentes sindicales, en cambio, aumentaría. La situación estaba muy clara. Vandor, que había dudado entre la solución legal a través de una victoria frentista tolerada por los militares y un golpe de estado que resolvería entre él y Perón, ya había elegido.

Los contactos, oficiosos primero y luego oficiales, entre gremialistas y militares se multiplicaban. El 18 de marzo de 1966, el Sindicato de Luz y Fuerza organizó un homenaje "patriótico" al coronel Jorge Leal por su expedición a la Antártida. Entre los invitados se encontraban militares como el general Alejandro A. Lanusse y líderes sindicales: Vandor, Rosendo García, Paulino Niembro. El encuentro fue muy comentado. ¿Significaba acaso que el ejército azul apoyaba al equipo local peronista contra Perón? Era verosímil, y después de Mendoza ya no cabía duda. La CGT se transformó en una máquina de emitir comunicados antigubernamentales.

### Las grandes empresas condenan al gobierno

Esos juegos bizantinos no deben hacernos perder de vista las fuerzas profundas a las que expresaban y traducían dándoles su forma particular. El derrocamiento del gobierno del Dr. Illia obedeció a una multiplicación de causas aparentemente entremezcladas, entre las que parece destacarse la económica.

El gobierno radical, con su sensibilidad socializante y su orientación nacionalista, aun moderada, era poco apreciado en los medios económicos.

Los ejecutivos obsesionados por la eficiencia consideraban a esos políticos de comité y su retórica electoralista como algo lamentablemente arcaico. Los empresarios monopolistas, los banqueros e incluso los productores rurales no esperaban nada bueno de esos políticos provinciales que no sentían ninguna simpatía por el gran capital y se dedicaban a la defensa de los débiles. Además, como lo confirmaron las primeras decisiones del gobierno de Illia, particularmente en materia petrolera, el "dogmatismo ideológico" de esos dirigentes impenitentes detendría el impulso industrialista del país. El gobierno de la UCRP era un grano de arena en el engranaje de penetración de la economía central e industrialización dependiente del país. La "sucursalización" de la Argentina en el marco de la redistribución neocapitalista de las inversiones en las naciones periféricas se enfrentaba con un obstáculo imprevisto. Los inversionistas y los industriales extranjeros añoraban la época frondizista y a los desarrollistas con los que era tan fácil entenderse.

La reputación de incapacidad del nuevo gobierno nació de esas nostalgias y de esas divergencias. No reinaba el clima de confianza propicio para las inversiones extranjeras, y el "social mercantilismo" frondizista nada hacía para contribuir a crearlo, al contrario. El gobierno no alentaba el ingreso desordenado de capitales extranjeros que vendrían a engrosar una deuda externa ya excesiva que ascendía a 2.600 millones de dólares en octubre de 1963 y, se estimaba, absorbería en 1964 y 1965 casi el 35 % del valor de las exportaciones de 1963.<sup>27</sup> Las inversiones extranjeras suman 34,6 y 33,8 millones de dólares en 1963 y 1964, contra 100 a 120 millones durante el gobierno de Frondizi:

El gobierno de Illia, sin embargo, ayudado por buenas condiciones climáticas, logró restablecer la situación, a pesar de la grave recesión que afectaba al país desde mediados de abril de 1962. El balance comercial, cuyo saldo era negativo desde 1959, se recuperó brillantemente en 1963.

#### Saldo del balance comercial (en millones de dólares)

1961	..... - 496,2	1964	..... + 336,1
1962	..... - 140,4	1965	..... + 294,8
1963	..... + 384,4	1966	..... + 468,9

Fuente: Comercio exterior argentino, op. cit.

El gobierno radical lanzó un plan de desarrollo para terminar con la recesión y corregir sus consecuencias económicas y sociales. Curiosamente, su esfuerzo fue violentamente criticado por los mismos que, por su política

<sup>27</sup> Eschag (Eprime), Thorp (Rosemary), "Las políticas económicas ortodoxas de Perón a Guido (1953-1963). Consecuencias económicas y sociales", en Ferrer (Aldo) y otros, *Los planes de estabilización en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1969, pág. 124.

económica, habían provocado la depresión de 1962-1963. En 1963, la producción industrial cae en un 12 % con relación a 1961. En 1964, el Producto Bruto Interno crece por encima del 8 % y el índice del volumen físico de la producción industrial (base 1963 = 100) pasa de 113,7 a 126,7 en 1965.

Con todo, los medios económicos se mostraban descontentos, y más lo estaban a medida que se consolidaba la recuperación. Las memorias anuales de la Unión Industrial Argentina así lo atestiguan. "Ineficiencia", "intervencionismo estatal desacreditado", "demagogia electoral", todas las críticas aludían a que el gobierno violaba el sacrosanto principio de *laissez faire, laissez passer*, incrementaba las cargas y disminuía los beneficios de los industriales. Obvio es decir que no confiaban en una administración que hacía pasar la "redistribución más justa de la riqueza" antes que la "creación de una mayor cantidad de bienes".<sup>28</sup> La congelación de las tarifas públicas y la fijación de precios máximos para los productos de primera necesidad, la reglamentación de las operaciones con divisas, la participación del Estado en el mercado internacional del trigo, eran otras tantas manifestaciones de un dirigismo insoportable.

Asimismo, la anulación de los contratos petroleros y las "inquietantes perspectivas" en materia energética, la limitación de la importaciones de bienes de equipo o la supresión de las deducciones impositivas destinadas a inversiones agropecuarias eran datos objetivos que "desalentaban" las inversiones y mantenían la hostilidad de los empresarios.

El déficit presupuestario era el argumento preferido de los hombres de negocios. Sucedió que el gobierno trataba de reactivar la economía a través de la demanda, poniendo en práctica una política de expansión monetaria y de control de precios. La depresión había provocado un marcado retroceso en la participación de los salarios en el ingreso nacional que los radicales buscaban remediar con la promulgación de una legislación social progresista (salario vital y móvil, reforma del derecho de despido) con la finalidad de establecer un equilibrio más justo en la distribución del ingreso.

Las leyes sociales fueron tomadas como si se tratara de un sabotaje de la economía argentina. El distanciamiento entre la clase política y la clase dominante había llegado a un punto de ruptura previo al enfrentamiento. La patronal aspiraba a recuperar el control directo del Estado. La Sociedad Rural y la Unión Industrial Argentina atribuyeron efectos inflacionarios al salario vital y móvil.<sup>29</sup> Es verdad que, como señalaba la revista de los *business men* argentinos, el *Economic Survey*, portavoz del capitalismo liberal, en veinte meses de gobierno la inflación había sido del 57,2 %.<sup>30</sup> ¡Hagamos tabla rasa con el pasado, parecían decir a su vez los financistas! Las organizaciones patronales se movilizaron intensamente contra el proyecto de reforma de ley sobre despidos, calificado como "corruptor de la moral de los

trabajadores"<sup>31</sup> por mejorar las indemnizaciones de los despedidos. Las amenazas de represalias económicas y las presiones llegaron a tal extremo que el presidente Illia se vio forzado a vetar la ley aprobada por el Congreso. Los comentaristas económicos convertían en "monstruoso decreto" a un texto legislativo que limitaba las ganancias de los laboratorios farmacéuticos, extranjeros en su mayoría.<sup>32</sup> La Sociedad Rural rechazó por "totalitaria" una ley que permitía al Poder Ejecutivo reglamentar los precios al consumidor; y la asociación de los estancieros trazaba a propósito del decreto el cuadro apocalíptico de una Argentina arruinada y hambreada por la demagogia. El cártel de la libreempresa, ACIEL, que federa entre otros a la UIA y la Sociedad Rural, declaró inconstitucional y fuera de la ley a la intervención del Estado en la vida económica.<sup>33</sup>

Los poderes económicos se comportaban ante el débil gobierno de Illia, que dudaba sin embargo entre el centro derecha y el centro izquierda, como si se tratara de un proceso revolucionario, como si los radicales, ajenos en realidad a cualquier inclinación colectivista, hubieran decretado su expropiación. La oposición patronal tomó el camino de la desobediencia civil. Los industriales saboteaban el plan de recuperación económica negándose a pagar los impuestos y las cargas sociales. Según algunas fuentes, las deudas que el sector industrial mantenía con la Tesorería habrían llegado a ser, en junio de 1966, prácticamente iguales al déficit de los ferrocarriles, lo que no es poco decir.<sup>34</sup>

Cierta agitación entre los obreros temporarios de la Pampa húmeda,<sup>35</sup> una situación explosiva en Tucumán causada por la superproducción de azúcar, bastaron para que la bonachonería de un gobierno paternal fuera considerada como complicidad con la subversión. Incluso se pretendía que la acción deletérea del comunismo se manifestaba en las inocentes cooperativas de crédito que, aprovechando el apoyo gubernamental, es verdad, hacían una competencia "desleal" a los grandes bancos.<sup>36</sup> Pero entramos en otro terreno. Ya no se trata de la expresión de apreciaciones divergentes sobre la política económica, sino de la preparación del derrocamiento de las autoridades constituidas.

<sup>31</sup> "Las reformas a la ley 11.129 en el Senado", *Economic Survey*, 25 de enero de 1966.

<sup>32</sup> "El monstruoso decreto 3042/65", *Economic Survey*, 4 de mayo de 1965.

<sup>33</sup> "Ante un nuevo año", *La Nación*, 2 de enero de 1966; en este editorial, el diario de los Mitre se convirtió en vocero de ACIEL contra el gobierno.

<sup>34</sup> Según las cifras proporcionadas por Bailey (Samuel L.), "Argentine search of consensus", *Current History*, noviembre de 1966, pág. 55.

<sup>35</sup> Durante las cosechas de maíz y girasol se produjeron huelgas con ocupación de los lugares de trabajo. La Sociedad Rural calificó a esas acciones de "delitos" y "ultrajes" (Sociedad Rural Argentina, *Memoria, 1965-1966, op. cit.*, pág. 71).

<sup>36</sup> Ver La verdad sobre las cooperativas de crédito, Suplemento Recova, Buenos Aires, mayo de 1966, 20 págs. Según este texto (pág. 16), se trataría de un movimiento subversivo contra el sistema bancario argentino análogo al que, a partir de 1946, precedió en Checoslovaquia el "golpe de Praga" y permitió el derrocamiento de Benes.

<sup>28</sup> Unión Industrial Argentina, *Memoria y balance, 1963-1964*, Buenos Aires, 1964, pág. 23.

<sup>29</sup> Ver Sociedad Rural Argentina, *Memoria, 1964-1965, op. cit.*, pág. 55.

<sup>30</sup> *Economic Survey* (Buenos Aires), 17 de agosto de 1965.

## La preparación de la opinión: consenso golpista y golpe de estado programado

El golpe de estado se venía presintiendo desde las elecciones de julio. Pero en el período precedente, que presentaba las mismas características, los preparativos mantenían cierta discreción. Los golpistas civiles y militares rendían culto, aunque fuera verbalmente, a la legalidad, la idea del golpe de estado tenía mala reputación, llevaba los estigmas de la ilegitimidad.

A partir de 1964, las cosas cambiaron. La eventualidad de un golpe de estado ya no era un tema reservado a oscuros conciliábulos o a los rumores de las gacetas; la clase política y la prensa lo discutían abiertamente, serenamente incluso. La intervención militar formaba a tal punto parte del sistema institucional que se debatía al respecto con naturalidad, como si se tratara de una crisis ministerial. Con la diferencia de que se presentaba al golpe como una especie de cataclismo natural sin responsables directos, y al mismo tiempo como un acto de justicia inmanente y automático dirigido a castigar los errores gubernamentales. Toda referencia a la subordinación constitucional de las Fuerzas Armadas al poder civil parecía haberse evaporado. Los valores de la democracia liberal habían caído muy bajo.

Debemos admitir que algunos sectores de la vida política y social contribuyeron decididamente para que ello así ocurriera. Ese fue especialmente el caso de la prensa frentista, de los medios de información frondizistas y de ciertos órganos vinculados al empresariado tradicional. Dos semanarios de gran tirada, en particular, creados por un talentoso periodista allegado a Frigerio, desempeñaron un notable papel en este aspecto. *Primera Plana*, apadrinada por los militares azules después de su victoria de septiembre de 1962, inauguró una atrayente fórmula de revista de información general a la americana, inédita en la Argentina;<sup>37</sup> de donde la amplia audiencia con que contó en las nuevas clases medias, entre los ejecutivos y los hombres de negocios. Este semanario recibió una abundante publicidad de las grandes empresas nacionales y extranjeras (más del 20 % de su superficie impresa, lo que era una novedad en la Argentina). Sus artículos vehiculizaban un ideal de eficacia y dinamismo económico donde el desarrollismo frondizista se encarnaba en el halagüeño mito del empresario y del ejecutivo. Su línea política era azul, o sea militarista. Después de algunas vicisitudes que provocó la lucha desatada por la propiedad del título, *Primera Plana*, cuyo editorialista era Mariano Grondona, ex subsecretario del Interior y colaborador de Rodolfo Martínez durante el gobierno de Guido, se

<sup>37</sup> Inspirada particularmente en *Newsweek*, con cuyos servicios exclusivos contaba la redacción. Según el director fundador Jacobo Timermann (entrevista del 20 de mayo de 1970), algunos coroneles azules se pusieron en contacto con él para proponerle la creación de un semanario que se llamaría *Azul* y que apoyaría su acción. Timermann aceptó la idea. Pidió prestado el capital necesario a "un industrial" y lanzó *Primera Plana* el 13 de noviembre de 1962, como "instrumento del Frente". Timermann nos confesó que en el caso de *Confirmado* fue otro general quien le pidió crear un semanario para desplazar a Illia.

especializó en 1965 en la propaganda golpista y la exaltación de la eficacia militar. *Confirmado*, creada en mayo de 1965 por el fundador de *Primera Plana* conforme a la misma fórmula, tenía como columnistas a Rodolfo Martínez y Álvaro Alsogaray. Un solo tema: el golpe.

Una formidable campaña de acción psicológica, sólidamente orquestada por los desarrollistas y frentistas de toda laya, intentaba desacreditar al gobierno y al sistema parlamentario. Revistas, diarios y editorialistas se explayaban complacientemente sobre el carácter caduco de los partidos, y en particular sobre la naturaleza anticuada del partido en el poder, con sus comités de oradores y sus caudillos improvisados. Todo el arsenal modernizado del antiparlamentarismo contribuía en la tarea. Se atacaba al gobierno por su ineficiencia, oponiéndosele la eficiencia ejecutiva del aparato de las Fuerzas Armadas. Caricaturas, ocurrencias e insinuaciones malintencionadas asociaban al gobierno con la imagen de la siesta provinciana, de un plácido inmovilismo. Sus símbolos eran la tortuga, las palomas de la Playa de Mayo. Algunos dibujos que presentaban al buen presidente Illia con un aire resignado y cansado,<sup>38</sup> preparaban el terreno para el golpe tan eficazmente como resultados electorales adversos. La propaganda alarmista y la exageración de hechos menores que se encuentra en muchos escritos confirman supuestamente la divulgada impresión de que "la Argentina no atraviesa un período de normalidad, sino de anormalidad. Pero el gobierno se empeña en ser 'normal'".<sup>39</sup> Esa comprobación implica que se impone una dictadura militar para responder a "la impaciencia colectiva por la inoperancia de un Estado antiguo ante un país moderno".<sup>40</sup>

Para guiar al país hasta su destino de grandeza, no había más que una solución, el ejército, y un hombre, el general Onganía. "¡Arriba Argentina!" El neofalangista Mariano Montemayor, editorialista de *Confirmado*, anuncia en un artículo publicado bajo una foto del antiguo comandante en jefe el 30 de diciembre de 1965: "El país está maduro para la gran solución nacional". El comodoro Güiraldes ya había proclamado el 26 de agosto una revolución, es decir, según él, el derrocamiento de un gobierno al servicio de un gran objetivo nacional: poner al país en marcha.

La continua repetición de la propaganda golpista no sólo tenía objetivos tácticos, sino que contribuía a dar origen a una nueva legitimidad. La ideología tecnocrática de la modernización autoritaria, que abriría una grandiosa perspectiva a un país con "posibilidades ilimitadas", substituía al credo liberal. La prensa no era el único vehículo de la nueva ortodoxia. Lo que sus artífices llamaban el "cambio de mentalidad", la conversión a los imperativos del mundo económico moderno, también se estaba forjando en los centros para la formación de cuadros para "la Argentina del mañana". Los cursos para coroneles de la Escuela Superior de Guerra, dirigida por el general Guglielmelli, hacían hincapié en el crecimiento industrial

<sup>38</sup> Sobre todo las notables caricaturas firmadas por Flax.

<sup>39</sup> Grondona (Mariano), "La dictadura", *Primera Plana*, 31 de mayo de 1966.

<sup>40</sup> *Ibid.*, y asimismo "La dualidad", por Mariano Montemayor, *Confirmado*, 18 de noviembre de 1965.

y la eficiencia desarrollista. El Instituto para el Desarrollo de Ejecutivos de la Argentina (IDEA), fundado por un grupo de grandes empresas en su mayoría extranjeras, insuflaba los valores y métodos de las Business Schools norteamericanas a los cuadros superiores argentinos.<sup>41</sup> La formación "cívico-política-comunitaria" de los administradores de empresas ocupaba una parte importante de los programas. Los contactos y los intercambios con los jefes del ejército se realizaban en forma continua e institucional. La escuela para dirigentes de la CGT, tomada a su cargo por la extrema derecha nacionalista católica, era el tercer pilar del "cambio"; allí se formaban sindicalistas "nacionales" contrarios a las reivindicaciones clasistas.

La palabra clave de la "nueva mentalidad", de la ideología modernista "revolucionaria" era el "cambio de estructuras". Así se titula un folleto publicado por la CGT en 1965 donde se reconoce el estilo y los tics de los sociólogos de moda.<sup>42</sup> Pero la expresión también es empleada por los asesores de la Unión Industrial, la confederación patronal.<sup>43</sup> ¿De qué se trata? Bajo ningún concepto de una transformación de las estructuras económicas. Aparte de algunas discretas alusiones de la CGT a las medidas económicas preferidas por el justicialismo, empresarios y sindicalistas pensaban en reformas de tipo político. El cambio pasaba por la representación de los grupos sociales. El último grito de la modernización política era la organización corporativista. La supresión del Parlamento y de los partidos, y su reemplazo por un Consejo Económico y Social permitirían reactualizar la democracia orgánica del franquismo desenterrando el Gran Consejo de la Italia fascista.

\* La campaña fue tan bien manejada que la opinión pública estaba dispuesta a creer que los partidos y el régimen pluralista constitucional eran los causantes de todos los males del país. Se llegaba a identificar el progreso con un neofascismo tecnocrático. Pero aún faltaba que el instrumento "revolucionario" respondiera a las esperanzas de los planificadores, que intervinieran los salvadores uniformados. La campaña de acción psicológica estaba dirigida muy especialmente a la opinión militar, ya que no bastaba con ganarse al Estado Mayor. La prensa frentista enumeraba las razones para derrocar al gobierno. ¡Se lo acusaba, además de ser complaciente con el comunismo internacional, de socavar el prestigio del ejército y desacreditar a sus jefes! Algunos agregaban que el tradicional antimilitarismo de la UCRP

<sup>41</sup> IDEA fue fundado en 1960. Su consejo de administración, que incluye a representantes de Fabricaciones Militares, estuvo presidido por el presidente de la filial argentina de Dupont de Nemour-Imperial Chemical (Duperial) y cuenta entre otros con los directores de General Electric, IBM, Shell, Monsanto, First National City Bank, Esso y del grupo argentino Bunge y Born. El presidente delegado era el sociólogo José Enrique Miguens, redactor de los comunicados de Campo de Mayo en septiembre de 1962. Según el folleto publicado por el instituto. *¿Qué es IDEA?* (Buenos Aires), sin fecha, sin foliar.

<sup>42</sup> Confederación General del Trabajo. *La CGT en marcha hacia el cambio de estructuras juzga el pasado, analiza el presente y proyecta el futuro*, Buenos Aires, 1965, 81 págs.

<sup>43</sup> "Evolución económica en 1965", en Unión Industrial Argentina, *Memoria, 1965-1966*, Buenos Aires, 1966, pág. 28.

llevaba al gobierno a descuidar las Fuerzas Armadas, a no proporcionarles los medios necesarios para cumplir con su misión.<sup>44</sup> La conclusión de todos los argumentos era siempre la misma: golpe de estado y dictadura. "La modernización del ejército no puede disociarse de la del Estado argentino."<sup>45</sup>

El aspecto más asombroso de la preparación del golpe de estado es la precisión de su programación. *Confirmado* publicó el 23 de diciembre de 1965 un artículo titulado: "¿Qué sucederá en 1966?" que describe minuciosamente el desarrollo de las operaciones militares para derribar al gobierno. La revista proponía una fecha, el 1° de julio de 1966, y concluía que la caída del presidente Illia en 1966 era inevitable. A medida que se acercaba la fecha fatídica, más se hacía oír la voz de los golpistas y más se ampliaba el abanico del golpismo. A favor o en contra del golpe, tal era la cuestión política que parecía eclipsar a todas las demás. En 1966, los diarios daban más espacio a los hechos protagonizados por jefes del ejército que a los que involucraban a las autoridades políticas legales.

Un diario católico integrista publicó en mayo de 1965, entre dos citas de Michel de Saint-Pierre y un artículo de Pierre Boutang, un editorial titulado "¡Viva el golpe de estado!" que terminaba proclamando: "Nosotros somos golpistas". La prensa cotidiana de mayor tirada abandonó su reserva. El importante vespertino *La Razón* no dudó en escribir que la Argentina tenía necesidad de "un conductor".<sup>46</sup> Mientras los peronistas complotaban en los sindicatos con militares azules, los antiperonistas militantes, fieles al recuerdo de la Libertadora, también hacían votos porque se realizara el golpe de estado. Ante la posibilidad de que en las elecciones de 1967 se produjera una temible victoria peronista, afirmaban: "consideramos necesaria una revolución en la que se unan todos los argentinos que anhelan la grandeza de la Nación".<sup>47</sup>

Los partidos democráticos no rechazaban a priori la ruptura de la legalidad constitucional. El gobierno se había aislado por sí mismo. Los partidos pequeños estaban inquietos por su estrategia electoral. Si las elecciones se polarizaban entre el peronismo y la democracia encarnada por la UCRP, las demás agrupaciones corrían el riesgo de ser barridas. Es por ello que un diputado democristiano pudo exclamar: "El gobierno se merece un golpe, pero el país no."<sup>48</sup>

<sup>44</sup> Ver *La CGT en marcha hacia el cambio de estructuras juzga el pasado, analiza el presente y proyecta el futuro*, op. cit., pág. 66, y para una exposición de mayor nivel teórico, Pichon Rivière (J.), art. cit., pág. 50.

<sup>45</sup> XX, "La disolución de las fuerzas armadas", *El Príncipe*, junio de 1965, pág. 97.

<sup>46</sup> "Se advierten en el país algunos síntomas de inquietud pública", *La Razón*, 29 de abril de 1965.

<sup>47</sup> Solicitada de la Comisión Popular de Afirmación de la Revolución Libertadora, *La Nación*, 24 de junio de 1966.

<sup>48</sup> Se trata del diputado De Vedia en la Convención del Partido Demócrata-Cristiano de la provincia de Buenos Aires celebrada en Mar del Plata, *La Nación*, 21 de junio de 1966.

En el Congreso, donde la UCRP se encontraba en minoría, los partidos opositores bloquearon el presupuesto, paralizando así al gobierno durante largos meses. Los únicos que no echaron leña al fuego fueron los conservadores y los socialistas democráticos.

## Ejecución

Buscar las causas inmediatas y fortuitas del golpe de estado de junio de 1966 en las peripecias de los últimos seis meses del gobierno de Illia sería en vano. Sólo se encontrarían pretextos, ni siquiera detonantes: la mecha había sido encendida diez meses antes. Las inspiradas profecías de la prensa frentista habían fallado nada más que por tres días.

La maquinaria golpista se puso en marcha en marzo de 1966. Los militares comenzaron a hablar públicamente del golpe de estado, que dejó de ser patrimonio de los civiles. En discursos y en memorandos oportunamente revelados, atacaban indiscriminadamente al gobierno. Éste casi no reaccionaba. Así como dejaba que la prensa lo denigrara o incitara a los militares a rebelarse, así, demasiado débil o demasiado respetuoso de las formas democráticas, el presidente Illia dejaba hacer.

Todo se anudó, aparentemente, después de la recepción ofrecida por el Sindicato de Luz y Fuerza a los representantes del ejército el 18 de marzo de 1966. A los pocos días hubo una reunión de los generales que comandaban los cuerpos de ejército con el comandante en jefe. En la orden del día figuraba el derrocamiento del gobierno que sería incapaz de impedir el triunfo del peronismo en 1967. La mayoría de los altos mandos aprobó la idea. Sólo el general Caro, comandante del II° Cuerpo de Ejército (Rosario), increpó duramente al general Pistarini y a los golpistas, a los que reprochó reeditar lo que sus adversarios, los colorados, habían intentado en 1962 y 1963.<sup>49</sup>

Dos días después la secretaría de Guerra publicó un comunicado desmintiendo los rumores de un golpe de estado. Esta declaración legalista provocó una verdadera crisis. El documento del general Castro Sánchez no se limitaba a desmentir las versiones: encerraba una actitud constitucionalista que podía ser eventualmente la de muchos oficiales hartos de manejos políticos. Desarrollaba la siguiente argumentación: "El gobierno militar no es una solución para los problemas argentinos... la experiencia ha demostrado que el ejército en el gobierno se transforma en una institución deliberativa cuya disciplina se corrompe, y que cae en la anarquía... la ruptura del orden constitucional favorece a los extremistas." Aunque hiciera suyas las inquietudes de sus camaradas de armas respecto de las "incógnitas del futu-

<sup>49</sup> Según el relato que publicó la revista de los radicales del pueblo, firmado por Jorge Pérez Rocco, algunos meses después del golpe, "El golpe contra Illia", *Inédito*, 27 de septiembre de 1967.

ro electoral", la multiplicación de huelgas en la provincia de Tucumán, el secretario de Guerra había tomado partido por el gobierno en contra del ejército. Era un excelente pretexto para adelantar los preparativos del golpe de estado. Con más razón si se consideraba que la marina y la fuerza aérea habían hecho saber por el mismo conducto que compartían esa actitud legalista.<sup>50</sup>

Los medios golpistas criticaron acerbamente el comunicado del general Castro Sánchez. *Confirmado* publicó, el 9 de junio, un memorándum militar aparentemente auténtico, titulado "Análisis del comunicado de la Secretaría de Guerra", que refuta cada uno de los argumentos y concluye afirmando que la "lealtad incondicional a un gobierno" significa establecer como principio "un legalismo formal" opuesto a "que el ejército asuma su responsabilidad de última reserva". El 16 de junio fue dada a conocer la carta de un jefe azul retirado, el general Solanas Pacheco, que expresaba la ortodoxia golpista ante el comunicado del secretario de Guerra. Sus argumentos eran claros y perfectamente subversivos. Para el general Solanas Pacheco, el ejército no podía apoyar al gobierno porque su función era la defensa de "los intereses permanentes y fundamentales de la Nación"; era inaceptable que un militar afirmara que todo gobierno civil era superior a un gobierno militar. ¡La declaración del secretario desmoralizaba, en definitiva, a todos aquellos que esperaban la salvación mediante una intervención militar!<sup>51</sup>

El golpe de gracia que provocó la caída del gobierno fue obra del general Pistarini. El discurso público que pronunció el comandante en jefe el 29 de mayo, en presencia del gobierno y del mismo presidente, que repetía los grandes temas de la propaganda frentista adornados con la retórica burocrática-mesiánica usual, constituyó un verdadero ataque. Pistarini fustiga "la ineficacia", lamenta que "la ausencia de autoridad haya abierto el camino a la inseguridad, el sobresalto y la desintegración". El presidente reprimió al general pero no lo destituyó. Los conspiradores no esperaban más que un acto de autoridad con respecto al ejército para derrocar al gobierno, pero éste no se daba por aludido. El presidente Illia habría incluso invitado al ministro de Defensa a hacer suyas las ideas del comandante en jefe.<sup>52</sup> El artilugio permitió ganar algunos días. En vista de que la provocación no había dado los resultados esperados, se sucedieron ultimátums y planteos. Sólo quedaba por precisar la fecha exacta del golpe de estado. Se sabía que en todo caso sería antes de la fiesta nacional del 9 de julio.

Ni los contactos con algunos generales con miras a una reorganización del gabinete, ni las concesiones gubernamentales podían detener la marcha

<sup>50</sup> No se trataba de una declaración conjunta de las tres armas, sino de una coincidencia orgánica. La posición de las otras dos armas era mucho más matizada y no constituía un compromiso demasiado firme.

<sup>51</sup> "Memorándum reservado. La posición del ejército. Antecedentes del discurso del general Pistarini", *Confirmado*, 9 de junio de 1966; "Una carta a Castro Sánchez", *Confirmado*, 16 de junio de 1966.

<sup>52</sup> Según la revista de la UCRP, *Inédito*, 27 de septiembre de 1967.

del proceso. Se hacían planes para que Leopoldo Suárez, ministro de Defensa, que contaba con la simpatía de algunos militares y era considerado un poco como opositor interno dentro del gobierno, ocupara el Ministerio del Interior. Se pensaba en una especie de "guidización" del presidente Illia, pero ya era demasiado tarde.<sup>53</sup> El levantamiento de la intervención federal a la provincia de Tucumán que exigían los militares coincidió con la publicación del plan de las Fuerzas Armadas. Se supo entonces que se pretendía implantar una dictadura militar por largo tiempo, que establecería una economía de tipo liberal centrada en la industrialización. El ex presidente Frondizi declaró, el 24 de junio: "En 1966 se hará una gran revolución en la que participarán las Fuerzas Armadas y miembros de todos los sectores del quehacer nacional".

El 27 de junio, el comandante en jefe del ejército relevó del mando y detuvo al general Carlos A. Caro. A partir de entonces desconoció la autoridad del secretario de Guerra. El general Pistarini reprochaba al comandante del II° Cuerpo de Ejército y al secretario de Estado haber mantenido contactos con dirigentes políticos. ¡Imperdonable delito para militares disciplinados! Efectivamente, los dos generales habían tenido la mala fortuna de encontrarse, fortuita e informalmente al parecer, con tres diputados justicialistas, entre los que se hallaba Armando Caro, hermano del general. ¡Pretexto un poco forzado para militares que desde hacía varios años se entrevistaban y complotaban con líderes políticos!

El presidente convocó a los comandantes en jefe. El general Pistarini que ya no le obedecía no concurrió. Illia asumió entonces la comandancia en jefe del ejército, como establece la Constitución, y destituyó al general Pistarini. El ejército, que ocupaba las radios, televisoras, centrales telefónicas y el correo, dio seis horas de plazo al presidente para renunciar. El general Julio Alsogaray dirigía las operaciones. Plaza de Mayo fue bloqueada por tropas que rodearon la Casa Rosada. Un destacamento de la Policía Federal armado con lanzagases, al mando de un coronel retirado, Luis César Perlinger, expulsó a Illia de la Casa Rosada y —supremo insulto— lo envió a su casa sin siquiera arrestarlo. Ninguna reacción civil o militar acompañó la caída del presidente constitucional. El golpe de estado mejor urdido de la historia argentina, conforme a la imagen "desarrollista" de alto tecnicismo y total eficacia que pretendían dar las Fuerzas Armadas, se llevó a cabo sin inconvenientes. La opinión pública había llegado a desear el "cambio" para el que se la venía preparando desde hacía tiempo. El golpe de estado de junio de 1966 no se presentaba como un salto al vacío. Marcaba el fin de una época y abría las puertas a la autocracia transformadora cuyos rasgos ya resultaban familiares a los argentinos.

El 28 de junio, los comandantes en jefe de las tres armas formaron una junta revolucionaria cuyos primeros decretos fueron para destituir al presidente y el vicepresidente, los miembros de la Suprema Corte, los goberna-

dores y los intendentes electos. El Congreso y las legislaturas provinciales fueron disueltos. Todos los partidos políticos fueron prohibidos y disueltos, confiscándoseles sus bienes. Una proclama revolucionaria, llamada Acta de la Revolución Argentina, precisó por último las razones oficiales del golpe de estado. El documento acusaba al gobierno de carecer de autoridad en el terreno político (la anarquía) y económico (la inflación). El partido desalojado del poder habría practicado una política electoralista de división y enfrentamiento perjudicial para la unidad nacional. "Las Fuerzas Armadas, dice el texto, ocupan el vacío dejado por el poder." La teoría del "vacío de poder" es una justificación que sirve para todo. Más precisa y fundamental, porque encubre un proyecto global, es la denuncia de "la existencia de rígidas estructuras políticas y económicas anacrónicas"; para modernizar éstas es preciso vencer la resistencia de aquéllas. Todo el programa del régimen "autoritario-burocrático" está implícito en ese juicio sobre la realidad argentina. En cuanto a la ideología subyacente, ella también se encuentra claramente expresada en una frase: "Unámonos alrededor de los grandes principios de nuestra tradición occidental y cristiana".

La Junta de Comandantes retuvo el poder veinticuatro horas y, tal como estaba previsto, el general Juan Carlos Onganía fue designado presidente de la República; así, el "hombre de la legalidad" accedía a la Casa Rosada gracias al derrocamiento del poder legal. El Estatuto de la Revolución Argentina, carta del nuevo régimen que reformaba la Constitución, no fijaba plazo alguno para su mandato.

<sup>53</sup> Tal parece haber sido el tenor de las proposiciones que el dirigente de la UCRP Julián Sancerni Giménez hizo al general Osiris Villegas, comandante del V° Cuerpo de Ejército, *El Mundo*, 18 de junio de 1966, y *La Nación*, 23 de junio.